

PENSAR EL SUROCCIDENTE

ANTROPOLOGÍA HECHA EN COLOMBIA

TOMO III

Enrique Jaramillo B.

Axel Rojas

Editores



Pensar el suroccidente. Antropología hecha en Colombia / Hermann Trimborn, Milciades Chaves, Kathleen Romoli, María Victoria Uribe [et al.]; Editado por Enrique Jaramillo B. y Axel Rojas. -- Cali: Universidad Icesi. Sello Editorial, 2019.

962 pp. tablas, mapas, gráficos.

Incluye referencias bibliográficas al final de cada capítulo.

1. ANTROPOLOGÍA HECHA EN COLOMBIA. 2. ANTROPOLOGÍA SOCIAL. 3. ANTROPOLOGÍA CULTURAL. 4. ANTROPOLOGÍA REGIONAL – SUROCCIDENTE. 5. COLOMBIA. 6. ETNOLOGÍA – INVESTIGACIONES. I. Título. II. Hermann Trimborn, III. Milciades Chaves IV. Milciades Chaves, Kathleen Romoli. V. Jaramillo, Enrique y Axel Rojas editores. VI. Universidad Icesi.

ISBN: 978-958-8936-87-1 / 978-958-8936-88-8 (PDF).

DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/ee.4.2019>

305.898 A636 - scdd 21

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995

Catalogación en la fuente – Universidad Icesi. Biblioteca

© Universidad Icesi, 2019

© Asociación Latinoamericana de Antropología (ALA)

© Grupo de Estudios Lingüísticos, Pedagógicos y Socioculturales, Universidad del Cauca

© De los autores: Enrique Jaramillo B., Axel Rojas (Editores académicos), 2019

Primera edición

Editorial Universidad Icesi, junio de 2019

Diseño y diagramación: Johanna Trochez - Ladelasvioletas

Imagen de carátula: Enrique Jaramillo B.

Coordinador Editorial: Adolfo A. Abadía

Editorial Universidad Icesi

Calle 18 No. 122-135 (Pance), Cali – Colombia

Teléfono: +57 (2) 555 2334 | E-mail: editorial@icesi.edu.co

<http://www.icesi.edu.co/editorial>

La Editorial Universidad Icesi no se hace responsable de las ideas expuestas bajo su nombre, las ideas publicadas, los modelos teóricos expuestos o los nombres aludidos por el(los) autor(es). El contenido publicado es responsabilidad exclusiva del(los) autor(es), no refleja la opinión de las directivas, el pensamiento institucional de la Universidad Icesi, ni genera responsabilidad frente a terceros en caso de omisiones o errores.

Los contenidos de esta publicación pueden ser reproducidos sin autorización, siempre y cuando se cite el título, el autor y la fuente institucional.

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Contenido

Reconocimientos.....	9
Introducción. Pensar el suroccidente <i>Enrique Jaramillo B. y Axel Rojas</i>	11
Zonas de contacto: colonialismo y el problema del otro	
Señorío y barbarie en el valle del Cauca. “Introducción” <i>Hermann Trimborn</i>	29
Los indígenas del Cauca en la Conquista y la Colonia <i>Milcíades Chaves Chamorro</i>	59
Las tribus de la antigua jurisdicción de Pasto en el siglo XVI <i>Katbleen Romoli</i>	83
Documentos del siglo XVIII referentes a la provincia de los pastos: problemas de interpretación <i>María Victoria Uribe</i>	129
Economía, poder y región	
Castas, patrones de poblamiento y conflictos sociales en las provincias del Cauca 1810-1830 <i>Germán Colmenares</i>	159
Las tierras bajas del Pacífico colombiano. Población y poblamiento <i>Robert West</i>	193
La configuración histórica de la región azucarera <i>José María Rojas</i>	251
Sociedades y espacios en el litoral Pacífico sur colombiano (siglos XVIII-XX) <i>Odile Hoffmann</i>	283

Emergencias: del problema del indio a la política indígena

Problemas de actualidad <i>Juan Friede</i>	313
Problemas sociales de algunas parcialidades indígenas del occidente de Colombia <i>Luis Duque Gómez</i>	339
Historia política de los paeces <i>Víctor Daniel Bonilla S.</i>	353
Movimiento indígena y “recuperación” de la historia <i>María Teresa Findji</i>	391
El movimiento indígena en Colombia <i>Trino Morales</i>	409

Organización social

Bases para el estudio de la organización social de los páez <i>Segundo Bernal Villa</i>	423
Minería del oro y descendencia: Güelmambí, Nariño <i>Nina S. De Friedemann</i>	445
Conflicto interétnico y shamanismo: los paéces <i>Myriam Jimeno Santoyo</i>	493
Etnogeografía y etnogeología de Coconuco y Sotará <i>Franz X. Faust</i>	505
Hacia una antropología de la indumentaria: el caso de los guambianos <i>Ronald A. Schwarz</i>	541

Clases, tierra y trabajo

Formación de un sector de clase social. La burguesía azucarera en el Valle del Cauca durante los años treinta y cuarenta <i>Charles David Collins</i>	575
La respuesta de la industria azucarera a la sindicalización en el sector <i>Rolf Knight</i>	631

Unidades de producción nortecaucanas (Colombia): modernización y funcionamiento (inédito: 1981) <i>Jaime Arocha Rodríguez</i>	665
Evolución del trabajo asalariado rural en el Valle del Cauca, Colombia, 1700-1970 <i>Michael Taussig</i>	685
Tenencia y uso de la tierra por la industria azucarera del Valle del Cauca <i>Simeone Mancini M.</i>	725
Origen y formación del ingenio azucarero industrializado en el Valle del Cauca <i>Eduardo Mejía Prado y Armando Moncayo Urrutia</i>	753
Movilizaciones y luchas	
Orígenes y expresiones de una ideología liberal <i>Gustavo De Roux</i>	799
Una organización indígena en lucha por la tierra: el Consejo Regional Indígena del Cauca <i>Christian Gros</i>	831
Iglesia, sindicalismo y organización campesina <i>Cristina Restrepo</i>	853
El movimiento de integración del Macizo Colombiano <i>Luz Ángela Herrera</i>	885
Interpretando el pasado Nasa <i>Joanne Rappaport</i>	909
Intelectuales, campesinos e indios <i>José María Rojas</i>	931
Índice analítico	955

**ZONAS DE CONTACTO: COLONIALISMO Y EL
PROBLEMA DEL OTRO**

Señorío y barbarie en el valle del Cauca. “Introducción”¹

HERMANN TRIMBORN

La desmembración de los Andes en tres alineaciones independientes es de esencial importancia para la naturaleza de la Colombia occidental pues las dos cordilleras del Ecuador se continúan en Colombia con el nombre de cordillera Occidental y Central y un grado de latitud al sur del estribo transversal de Popayán, la elevación del terreno que une estas dos cordilleras, se desprende la cordillera Oriental, de modo que puede hablarse de una trifurcación orográfica del país. Sin embargo, a diferencia del Ecuador, las cordilleras Occidental y Central no encierran cuencas de gran altitud, sino que la depresión interandina viene a formarlas los profundos valles del Patía y Cauca, a los cuales separa la cuchilla del Tambo. El valle del Cauca no es, al menos en parte, una estrecha escotadura producida por erosiones sino una depresión tectónica sobre la cual se extiende un amplio tapiz aluvial. De esta manera las llanuras bajas avanzan hasta el corazón de la meseta andina. Las dos cordilleras que flanquean el valle del Cauca se resuelven en el norte en las irregulares montañas de Antioquia, cuyas diversas alineaciones van perdiéndose paulatinamente hasta extinguirse en las tierras tropicales bajas de la costa atlántica, del Cauca inferior, del San Jorge y del Sinú.

La cordillera Central es, al principio, un paredón ininterrumpido de imponentes montañas coronadas por una serie de cimas volcánicas; es una cadena estrecha y alta que desciende rápidamente hacia el oeste y este y domina el valle del Cauca y el curso central del Magdalena. La vertiente occidental de la cordillera Central es bastante estrecha al sur de Cartago; luego aparecen diversas crestas longitudinales entre el Cauca y la prolongación de la depresión caracterizada por el río Risaralda² y el San Juan antioqueño. La vertiente occidental está cubierta de espeso bosque, ascendiendo hacia el sur su límite inferior. En ella pueden

1 Original tomado de: Hermann Trimborn. 2005. *Señorío y barbarie en el Valle del Cauca*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.

2 En los nombres geográficos se observa la ortografía del *Mapa de la República de Colombia*, Escala 1:2.000.000, Bogotá, 1931.

distinguirse diversos "pisos": hasta una altura que oscila entre 2200 y 2800 metros reina una vegetación tropical de helechos y quinos; más arriba se encuentra el bosque de clima moderado, con árboles separados y guaduas, los dominios del roble colombiano; la palma de cera, característica de esta zona de los Andes, llega hasta 3200 metros. El páramo, en el cual los matorrales no tardan en dejar paso a las gramíneas, las gencianas y las plantas con flores, se extiende entre 3800 y 4600 metros, la región de las nieves perpetuas.

La cordillera Central forma una cadena uniforme de más de 3500 metros de altura hasta llegar a la región de Sonsón, donde pierde este carácter y se derrama en el más suave país montañoso de Antioquia, complicado sistema de cadenas, divisorias de aguas y altiplanicies de altura inferior a 3500 metros cuyas últimas estribaciones se pierden luego en el "infierno climático" de las tierras bajas del Magdalena. La meseta está dividida en dos mitades por el hondo surco del Porce y Nechí. Allí, a 1500 metros de altura, está situada la actual capital de Antioquia, Medellín, en la región llamada de Aburrá por los conquistadores, una fértil comarca de clima suave, moderado, en contraposición a la tierra caliente del valle. La vegetación natural de estas zonas de Antioquia ha experimentado transformaciones por mano del hombre cuyas proporciones no pueden apreciarse fácilmente; en la vertiente occidental de la cordillera Central y hacia el sur, casi hasta la altura de Cartago, el último tramo de bosque ha sido sometido al cultivo, especialmente a consecuencia de la colonización antioqueña del siglo XIX y las plantaciones de café.

Considerada en conjunto la cordillera Occidental es de menor altura que la Central. Alcanza sus máximas elevaciones en el oeste de Antioquia, en el Morro Pelado, con 3500 metros, y en el Paramillo, con 3900 metros. Más al norte se produce una desmembración que va perdiendo altura cada vez más; a partir del Paramillo la Sierra de Abibe continúa hacia el norte entre Sinú y Atrato, extendiéndose otra alineación al NE, entre Sinú y San Jorge. La seca y ardiente vertiente oriental de la cordillera Occidental, situada al abrigo de la lluvia, desciende bruscamente hacia los valles longitudinales del Patía y Cauca; el bosque cubre allí, solamente, las zonas superiores y, en las demás, la vertiente oriental está completamente calva o bien presenta una seca vegetación de zarzales. Por el contrario, la húmeda vertiente occidental está cubierta, casi por completo, de selva virgen (de carácter tropical, subtropical o templado, según la altura) y sólo por encima de 3000 metros deja paso al páramo. Esta selva virgen constituye la transición al Chocó, gran región de bosques dotada de clima húmedo y cálido, pues en la costa del Pacífico y en los valles del Atrato y San Juan llueve casi sin interrupción a una temperatura de 27° a 32° centígrados. Con respecto a la historia de la colonización precolombina de la vertiente occidental reviste importancia el hecho de que los recientes estudios botánico-geográficos de Chapman (1917) registren la existencia de calveros de reducida extensión como en el valle del río Sucio, aguas arriba de Dabeiba. La depresión que separa la cordillera Occidental de la Central es

menos ancha y profunda que el valle del Magdalena; es menos uniforme y está constituida por dos fosas separadas que une el Cauca en un angosto y sinuoso trecho por donde irrumpe.

El alto valle de Popayán forma un primer escalón, una altiplanicie regada por abundantes lluvias. A una altura de más de 1700 metros yace allí, dotada de un clima primaveral, la antigua ciudad colonial de Popayán. La impresión de una llanura surcada de ríos y arroyos se cambia hacia el norte por la de un desolado país de colinas, desprovisto de agua, que presenta pendientes sin arbolado o, a lo sumo, cubiertas de maleza. Esta región comienza a descender a la altura de Quilichao (Santander) yendo a morir en la llanura de Cali, el valle propiamente dicho; desde el norte las primeras colinas se levantan junto a Ríoclaro y los primeros indios aparecen cerca de Jamundí.

Este segundo sector, el llamado especialmente valle del Cauca, 700 metros más bajo que el tramo superior (compárese la situación de Jamundí a 975 metros; de Cali, a 1003, y de Cartago, a 985), se extiende desde Santander a Cartago sobre una zona de unos 200 kilómetros de longitud. A una altura aproximada de 1100-900 metros corre el río perezosamente en imperceptible declive, siguiendo de cerca la cordillera Occidental; es navegable en toda su longitud hasta Cartago. El valle no presenta en punto alguno una anchura superior a 25 kilómetros. De los bordes de su llano fonda se yerguen, cual abruptos murallones, las cordilleras con sus crestas ocultas en las nubes. La uniformidad del paisaje es extrema. En tanto que la vegetación natural ha sido bosque o monte bajo en muchas zonas de las actuales sabanas (Troll 1930) hoy sólo se encuentran bosques, grupos de guaduas y manchones de selva tropical en las riberas del río. El río está festoneado de lagunas y terrenos inundados que constituyen los pastos de la estación seca. La llanura elevada sobre el río está cubierta, únicamente, de sabanas sembradas de mimosas. Las pendientes inferiores de las cordilleras, más arriba de la llanura de aluvión, están cubiertas de praderas desprovistas de árboles. El bosque cubre los escalones superiores produciendo la impresión de calva la seca vertiente oriental de la cordillera costera frente a los espesos bosques que visten la vertiente occidental de la cordillera Central. La plaga de mosquitos ha llevado a construir las localidades a alguna distancia del río, a cuyos habitantes educa en la higiene el cálido clima. Como quiera que las oscilaciones diarias son mayores que las correspondientes a las estaciones por la noche se produce un enfriamiento después de haber reinado durante el día temperaturas de hasta 33 y aún más grados ya que el calor queda mitigado gracias a brisas frescas que soplan del Pacífico, sobre todo en la región de Cali, salvando el desfiladero de sólo 1600 metros de altura de la cordillera del Ocaso. La agricultura también florece en la sabana con sus suelos de arcilla y arena, preferentemente en las bien regadas riberas del río. Sin embargo, el valle de Cauca es, principalmente, región de cría de ganado mayor, pastando las bestias unas veces en las profundas praderas del fondo del valle y otras en las praderas

invernales de las pendientes. Desde tiempos antiguos se han conocido aquí en una sola mano grandes posesiones de 500, 1000 y más hectáreas, contrariamente a lo que ocurre en Antioquia y en el Caldas, desde allí colonizado, donde los más modestos plantadores se ocupan del cultivo del café.

En contraposición a su tranquilo curso por el valle propiamente dicho el Cauca adopta, en un tercer sector, más abajo de Cartago, el carácter de un impetuoso río de montaña. En la región de Caldas, donde las cordilleras Occidental y Central llegan a su máxima aproximación, corre el río aprisionado en una escarpada e intransitable garganta, atravesando un angosto valle de rocas, el cañón del Cauca, el cual ya no se extiende por el valle longitudinal propiamente dicho, sino que, evitando seguir en línea recta y rodeando la montaña de Marmato, forma un gran arco oriental y no vuelve al pie de la cordillera Occidental hasta un grado de longitud más al norte. Allí se forma la depresión interandina por los angostos valles del Risaralda y del San Juan (de Antioquia). El río presenta su punto más estrecho (unos 60 metros) cerca de Marmato; sus aguas corren rugientes y espumantes arrastrando grandes bloques de rocas y cantos rodados. Sólo en la parte interior de los recodos del río se encuentran pequeñas vegas; en las demás es necesario buscar mucho para encontrar puntos llanos de tan sólo un metro cuadrado de superficie. Una espesa selva virgen, con predominio de guadua, cubre la pendiente (en algunos puntos hasta el nivel del río) que desciende bruscamente. Abruptamente se levantan los valles laterales como la profunda garganta del río Arma, que Uribe (1885) llamó "la terrible hondonada del Arma". Estas regiones, surcadas profundamente por ríos impetuosos que se precipitan en el Cauca sin valles amortiguadores, fueron antes de la época de la Conquista y durante ella escenario de decisivos movimientos étnicos. Puesto que en esta garganta reina un calor sofocante los actuales poblados se asientan sobre la llanura superior del valle, dotada de un clima fresco y tonificante (como Salamina, a 1820 metros): "Mientras en las alturas recuerda una escasa vegetación las peladas montañas de la Eifel abajo crece la palma junto a la caña de bambú [sic]" (Schenck 1880).

Aguas abajo de Jericó se abre de nuevo el valle, fluyendo otra vez el Cauca por la vieja sutura longitudinal y volviendo a ser navegable en curso algo más tranquilo desde el Puerto de Caramanta hasta las proximidades de Antioquia. Con todo, el valle de Antioquia, de 600 a 500 metros de altitud, no tiene la anchura (de unos 10-15 kilómetros cerca de Antioquia) del valle de Cali. Al este y oeste está estrechamente limitado por las cordilleras que lo dominan con paredones de asperón mientras que el límite inferior de bosque yace a unos 2400 metros, hundiéndose hasta llegar al nivel del río hasta Puerto Valdivia, de modo que la parte más baja del Cauca corre a través de selva virgen.

Examinemos someramente, por último, una característica climática fundamental común a todo el territorio de la depresión interandina, o sea, a los valles del Cauca y del Patía, como también a las montañas de Antioquia: el doble cambio de época de lluvias y sequía. Hacia el sur se presenta en este doble cambio, con variantes locales, la tendencia a hacerse cada vez más prolongada la época de la sequía del verano norteño y más corta la del invierno. La división del espacio andino colombiano en tierra caliente, tierra templada y tierra fría, condicionada esencialmente por la diferencia de altura, está modificada en cada caso por el declive, la humedad, el suelo y las aguas subterráneas de manera que tierras frías, tierras templadas y tierras calientes están asociadas por dondequiera de la manera más estrecha. Como señaló Schenck (1880):

Muy interesante es el cambio de vegetación desde los musgos y el frailejón de los páramos a las plantas de la tierra fría con hojas coriáceas y brillantes; de los helechos arboriformes hasta la aparición de las primeras especies de palmeras y de bambú [sic].

La conformación orográfica y el carácter climático hace decisiva, incluso para los tiempos precolombinos, la distinción establecida por Troll (1930) entre las regiones norteñas y meridionales:

Si en el sur son las depresiones del Magdalena y especialmente del valle superior del Cauca el centro de los poblados, aquí son las cordilleras las que ofrecen mayor espacio para ello, convirtiéndose con su clima, siempre más saludable, en región cultural [...] Esto pudiera, desde luego decirse de la montaña que se levanta al oeste del Cauca, pero más bien de la cordillera Central en Caldas y Antioquia.

Según estas breves indicaciones junto a la problemática “puramente histórica” se presenta en el estudio de las viejas culturas indias la cuestión de cómo determinar una desigualdad de formas de vida, condicionada por la naturaleza, diferente en las diversas regiones de valle del Cauca, o bien en qué grado existió una identidad de las formas de vida a despecho de un medio regional distinto. También desde este punto de vista al hacer una exposición del estado cultural hay que tener presentes las diferencias del alto valle de Popayán y del valle del Cauca en sentido estricto con la región del estrechamiento del valle en Caldas y con las montañas de Antioquia (distintos tipos de regiones que, sin embargo, suelen agruparse como asiento de las altas culturas precolombinas del valle del Cauca).

El descubrimiento del espacio andino que constituye el oeste de Colombia se inició casi simultáneamente desde dos diversos puntos de partida. Sebastián de Benalcázar, lugarteniente de Francisco Pizarro en San Miguel de Piura, fundó desde allí la ciudad de San Francisco de Quito en agosto de 1534. Al avanzar

hacia el río Ancasmayu, límite del poder incaico, le llegó la conocida nueva del "Dorado" que se refería, como se sabe, a la meseta de Bogotá, hacia la cual envió a Pedro de Añasco en misión de exploración; este sometió a los pastos por orden suya. Poco después le siguió Juan de Ampudia; ambos enviados avanzaron hacia el Patía y, luego, hacia el alto valle de Popayán (noviembre de 1535). Prosiguieron su camino por la orilla izquierda del Cauca hasta llegar al río Jamundí y desde allí avanzó Francisco de Cieza hasta alcanzar las cercanías de lo que más tarde fuera Cartago. En 1536 Benalcázar alcanzó a sus capitanes. Durante otras expediciones en el valle del Cauca se distinguió Miguel Muñoz, quien fundó Cali en julio de 1536 por orden de Benalcázar. En diciembre de 1536 Benalcázar fundó Popayán en el mismo lugar que ocupara el poblado indígena. Benalcázar regresó después a Quito con objeto de organizar su expedición al Dorado, en cuyos preparativos transcurrió el año 1537.

Como quiera que Pizarro desconfiaba de las intenciones de Benalcázar, de quien no recibía noticia alguna desde la fundación de Cali y Popayán, envió para salvaguardar sus derechos a su fiel Lorenzo de Aldana. Mientras tanto Benalcázar había emprendido su viaje de exploración al país de las esmeraldas, en donde se encontró con su verdadero conquistador, Gonzalo Jiménez de Quesada, y con Nikolaus Federmann, capitán de los Welser, más tarde partió para España con el propósito de obtener una gobernación independiente. Así, pues, Aldana llegó a Quito, en ausencia de Benalcázar, en noviembre de 1538. Junto a la fundación de Pasto, efectuada en 1539, hay que destacar como hecho decisivo para el curso ulterior de la historia del descubrimiento el hecho de que Aldana encomendó al capitán Robledo la prosecución de las exploraciones hacia el norte; así Robledo fue el descubridor de la orilla derecha media del Cauca y de una gran parte de la región antioqueña. En agosto de 1539, como base para empresas posteriores, Robledo fundó la ciudad de Santa Ana de los Caballeros en el lugar del actual Anserma (viejo); desde allí, Suero de Nava, pasando por Caramanta, avanzó hasta Buriticá y Gómez Fernández hacia el Chocó, mientras Robledo emprendió la pacificación de la provincia de Anserma. Antes de seguir sus vastas expediciones volveré a otro punto de partida del descubrimiento de esta región para ajustarme a la sucesión cronológica de los acontecimientos.

Pedro de Heredia, nombrado gobernador del territorio situado entre el Magdalena y el Atrato, fundó Cartagena de Indias en enero de 1533. Sus campañas y las de su hermano Alonso se dirigieron inicialmente, en 1534 y 1535, hacia el Sinú, donde el saqueo de una necrópolis india procuró abundante botín, y después hacia el país que se extiende a ambas orillas del San Jorge, es decir, en dirección al valle inferior del Cauca. A continuación de estas expediciones se lanzó Heredia, en 1536, desde San Sebastián de Buenavista, junto al golfo de Urabá, a la busca del "Dorado de Dabeiba" que desde los días de Vasco Núñez de Balboa había despertado y defraudado, una y otra vez, las esperanzas de los conquistadores.

Heredia regresó sin haber obtenido resultado alguno. Sin embargo, una de las figuras más memorables de los primeros capítulos de la historia de estas regiones, el acompañante de Heredia, Francisco César, emprendió en el mismo año de 1536 una incursión rumbo a Dabeiba, atravesó la temida Sierra de Abibe y penetró en el valle de Guaca, en las fuentes del río Sucio. Regresó dieciocho días después de un viaje de ida de muchos meses de duración y encontró a los Heredia encarcelados por el “juez de residencia” Juan de Vadillo, enviado desde Santo Domingo. Sin embargo, por quejas de los Heredia era inminente el envío de un segundo juez instructor, el licenciado Santa Cruz, para tomar declaración a Vadillo. Esta circunstancia, en unión de un hallazgo de oro hecho por César en Guaca y del siempre seductor Dorado de Dabeiba, decidió a Vadillo, en noviembre de 1537, a salir de Cartagena con trescientos hombres, entre los cuales se encontraban Francisco César y el historiador Pedro de Cieza de León. Partiendo de San Sebastián en enero de 1538 cruzó la Sierra de Abibe y llegó a Guaca; desde allí siguió a Nore, en el valle de Frontino y, después de cruzar la cordillera del Ocaso, al centro minero precolombino de Buriticá. La continuación de la marcha, durante la cual murió César, se efectuó por la orilla izquierda del Cauca; en la región de Anserma se hallaron huellas europeas dejadas por las gentes de Benalcázar, quienes habían avanzado hasta allí, y, finalmente, en la navidad de 1538 llegó a Cali, donde la campaña encontró fin por orden de Aldana. La ruta de Urabá al valle del Cauca medio, salvando la Sierra de Abibe, fue recorrida varias veces en los años siguientes: en 1539 por Luis Bernal y Juan Graciano, quienes buscaban al fugitivo Vadillo por orden del licenciado Santa Cruz; en 1542 viajó Jorge Robledo por esta ruta desde Antioquia, fundada mientras tanto; en el mismo año Pedro de Heredia realizó el viaje de ida y vuelta a Antioquia, llegando a repetirlo, y en 1546 regresó Robledo por la misma ruta a su zona de trabajo.

Para complicar todavía más esta etapa, caracterizada por la rivalidad de los diferentes capitanes que emprendieron sus campañas desde el norte y el sur, entró en escena un nuevo contrincante. Pascual de Andagoya, quien había llegado a Panamá con Pedrarias Dávila, había emprendido en años anteriores una expedición a la costa del Chocó que le condujo hasta el río de San Juan, teniendo que abandonarla por caer enfermo. Andagoya consiguió más tarde cerca de la Corte ser nombrado gobernador de la zona del río de San Juan. Partió a fines de 1539 de Panamá, puso pie en tierra en la desembocadura del río Dagua y en mayo de 1540 entró en Cali, en momentos cuando Benalcázar se encontraba ausente y Robledo ocupado en las campañas en los territorios situados río abajo. La soberanía de Andagoya, reconocido en Cali, no duró mucho tiempo porque en 1541 Benalcázar regresó de España, donde había conseguido la Gobernación de Popayán, y puso preso a Andagoya, quien fue liberado más tarde por mediación del enviado imperial Vaca de Castro, que acertó a pasar por dicho lugar.

El avance de los descubrimientos en estos años se debió a Jorge Robledo. Partiendo de Anserma cruzó el Cauca y penetró en las montañas situadas a la derecha, en la zona del estrechamiento del valle. Mientras las tribus de los carrapa y picara, de los pozo, paucura y arma fueron obligadas hábilmente a luchar entre sí una parte de la tropa de Robledo, a órdenes de Hernán Rodríguez de Sosa, avanzó por la margen derecha del Cauca hasta llegar frente a Buriticá. Para pacificar a las tribus, extremadamente belicosas, fue fundada Cartago en agosto de 1540 en el lugar del actual Pereira. Esta fundación se efectuó en tiempos de Andagoya. Cuando Benalcázar regresó de España encargó a Robledo una nueva expedición en 1541. Avanzando de nuevo por la margen oriental hacia el norte y gracias a una incursión llevada a cabo por Jerónimo Luis Tejelo descubrieron la región de Aburrá (el valle superior del Porce); a continuación prosiguió la exploración del Cauca, marchando río abajo, pero poco después cruzó sus aguas, penetrando en las provincias de Curume y Ebéjico, y salvó la cresta de la cordillera del Ocaso en dirección a Nore y Guaca. En la región que entonces se llamaba Hevéjico fundó, en noviembre del año 1541, la ciudad de Antioquia, trasladada a su actual lugar al año siguiente por Juan Cabrera, capitán de Benalcázar.

Mientras tanto Robledo había emprendido el penoso viaje a Cartagena para pedir en España que se le concediera el gobierno independiente de la parte de la gobernación de Benalcázar explorada y sometida por él. Encarcelado y desvalijado por Pedro de Heredia fue enviado a Europa en calidad de preso. Intentando hacer valer sus antiguos derechos sobre estas regiones partió Heredia, todavía en el mismo año, hacia Antioquia, donde, a su vez, fue detenido por Juan Cabrera, enviado por Benalcázar al tener noticia de la fundación de Antioquia y del viaje de Robledo. La segunda tentativa de Heredia para adentrarse en Antioquia también resultó infructuosa. Benalcázar libraba, mientras tanto, rudos combates con las tribus del actual Caldas, amantes de la libertad, para cuya represión ordenó en 1542 a Miguel Muñoz que fundara Arma, sin conseguir someter por completo a los indígenas. En 1545 volvió Robledo de España. En Cali se enteró Benalcázar de que Robledo había sido nombrado "mariscal de Antioquia" y que el visitador Miguel Díaz de Armendáriz lo había nombrado como lugarteniente en las comarcas del mediodía. En Antioquia Robledo fue recibido en calidad de gobernador pero el cabildo de Arma rehusó reconocerle; en Cartago se le recibió tan sólo haciendo constar que se inclinaban ante la fuerza y en Anserma los funcionarios reales se negaron a hacerle entrega de las arcas. Ante Benalcázar, que se acercaba con 150 hombres, se retiró Robledo con setenta a la Loma de Pozo, escenario de sangrientos combates en 1540; allí fue asaltado por sorpresa por Benalcázar, hecho prisionero y dado garrote el 5 de octubre de 1546. La ejecución del fundador de Anserma, Cartago y Antioquia condujo, en 1551, a la condena de Benalcázar, quien falleció poco después.

En la historia del descubrimiento del espacio que me ocupa debo mencionar a Gómez Fernández, quien en busca del nunca hallado “Dorado del Dabeiba” emprendió una nueva incursión en el Chocó, librando memorables combates en el valle de Penderisco con el caudillo catío Toné. El descubrimiento y conquista de las regiones inferiores no fueron menos sangrientos que en otras partes del valle del Cauca. En 1570 Gaspar de Rodas fundó en la región de Ituango la colonia de San Juan de Rodas, que sólo subsistió durante corto tiempo. En los encarnizados combates defensivos de los indígenas se destacó Sinago, caudillo de los pequí. En 1571 apareció Andrés de Valdivia como gobernador de las tierras situadas entre el bajo Cauca y el Magdalena. Úbeda, fundación suya, tuvo solamente pocos años de vida. Valdivia fue muerto en 1574. En el lugar donde ocurrió este cruento suceso, llamada La Matanza, Gaspar de Rodas fundó Cáceres en 1576; en 1581 fue fundada Zaragoza.

Al averiguar las fuentes originales sobre el descubrimiento de estas regiones y sobre el estado cultural en el cual se hallaban los indígenas aparece la mayoría de los nombres que se distinguió en su conquista. Esta fue una característica de aquella época, en la cual con diversa vocación no sólo más de un letrado empuñaba gustoso la espada, sino que no pocos soldados servían desenfadadamente de la pluma. En el orden cronológico ocupa el primer puesto una carta de Juan de Vadillo, fechada el 15 de octubre de 1537, en la cual se habla de la expedición de Francisco César a Guaca. Este escrito no puede considerarse como relato de un testigo presencial en el estricto sentido de la palabra, aunque fue consecuencia inmediata de tal testimonio. No se conserva la descripción posterior que hizo Vadillo de su viaje de exploración pero existen las noticias respecto de Fernández de Oviedo como veremos más adelante.

Uno de los miembros de la expedición dirigida por Vadillo fue Pedro Cieza de León, quien apenas contaba veinte años cuando tomó parte en esta aventurada travesía. Al ser disuelta la tropa de Vadillo por orden de Aldana entró al servicio de Jorge Robledo, en cuyas campañas tomó parte tan activa como de atenta observación. Durante la ausencia de Robledo en España participó en el séquito de Benalcázar en la sangrienta campaña librada en el actual Caldas. Con razón lamentó Joaquín Acosta (1848) que no subsista el diario de Cieza, en el cual plasmó inmediatamente todas sus observaciones diarias; “muchas veces cuando los otros soldados descansaban, cansaba yo escribiendo”, señaló Cieza. La elaboración de este material, que en la primera parte de sus escritos, el *Libro de fundaciones*, adoptó el carácter de una obra científica de viaje y en los libros que se conservan sobre las guerras civiles del Perú el de crónica histórica, fue comenzada por Cieza en 1541 en Cartago, trabajando en él hasta su muerte, que tuvo lugar en Sevilla en 1560. La información de Cieza es una fuente principal para el conocimiento del valle del Cauca en tiempos de la Conquista no tanto por la abundancia del material, sino por la proximidad de vivencia y la exactitud.

En forma menos extensa, pero en parte más detallada, otros testigos presenciales dieron noticia de aspectos parciales de la exploración. Por su extensión figuran en esta serie tres importantes trabajos que se propusieron la narración y apreciación de los hechos de Robledo, principalmente la *Descripción de los pueblos de la provincia de Ancerma*, poco utilizada hasta ahora y que debió ser escrita por Robledo, probablemente en España después de que partió de Antioquia (Jijón y Caamaño 1938). Puede decirse lo mismo de la *Relación del Descubrimiento de las provincias de Antiochia por Jorge Robledo*, compuesta por Juan Baptista Sardella, escribano de Robledo, cuyo lugar y fecha de redacción pueden deducirse hasta cierto punto; este escrito fue compuesto con seguridad después de desplazarse Robledo a España, "á donde los señores del Concejo conocieron de la causa". En contraposición a estos dos documentos posteriores, que incluyen la fundación de Antioquia y caen, por ello, dentro de los años 1542-1545, la *Relación del viaje del capitán Jorge Robledo a las provincias de Ancerma y Quimbaya*, que redactó el escribano Pedro de Sarmiento "de pedimento del dicho señor capitán Jorge Robledo", se concluyó después de su primera campaña el 12 de octubre de 1540, en Cali.

No se conserva del rival de Robledo, Sebastián de Benalcázar (o Belalcázar), exposición completa alguna de hechos y observaciones, aunque Castellanos (como veremos más adelante) debió haber empleado obra semejante. Entre los documentos conocidos una carta fechada el 20 de diciembre de 1544 contiene algunos datos etnográficos. El capitán Alfonso Palomino participó en las campañas de Benalcázar en el valle del Cauca y compuso un relato que no puede situarse cronológicamente pero que ostenta el sello de observaciones propias hechas recientemente y cuyas partes hasta ahora conocidas se refirieron, principalmente, al trato de los indígenas aunque contienen valioso material sobre su estado cultural. También reviste importancia un escrito de Pascual de Andagoya, otra manifestación (independiente de las anteriores) de un testigo ocular; su redacción, efectuada probablemente en España, cae en el tiempo comprendido entre 1541 y 1546.

Entre las personalidades que escribieron por experiencia propia sobre las condiciones reinantes en el valle del Cauca en la época de la Conquista está, finalmente, un soldado anónimo que dejó un escrito llamado *Varias noticias curiosas sobre la provincia de Popayán*. Esta fuente independiente contiene bastante material etnográfico, respecto de cuya autenticidad hizo valer el anónimo autor su estancia de veintiocho años en el valle del Cauca; se infiere por ello, de paso, que este trabajo no puede haber sido redactado antes de 1563.

No es raro que la comprobación de los datos de un escrito sea posible por el hecho de que varios de los testigos oculares citados den, independientemente, noticia de iguales hechos o faciliten idénticas observaciones. Sin embargo, la

información fidedigna no queda limitada a los testigos oculares referidos que hacían uso de la pluma; se puede recurrir, en segundo término, a una serie de escritores que, aunque nunca estuvieron en el valle del Cauca, utilizaron informes suministrados por testigos presenciales, relatos que no han llegado como tales sino que solo por mediación se conservan en su substancia. Entre los autores que utilizaron en gran medida fuentes originales hay que citar, en primer término, a Gonzalo Fernández de Oviedo, quien declara ser deudor de sus conocimientos acerca del valle del Cauca al trato mantenido con el licenciado Vadillo, Sebastián de Benalcázar, Jorge Robledo y Pascual de Andagoya, así como con su cuñado y compañero Peña; Fernández de Oviedo también usó una descripción en forma de carta, perdida desgraciadamente, que Vadillo envió a un amigo llamado Francisco Dávila a Santo Domingo, a la cual sumó otra del mariscal Robledo del 6 de agosto de 1545. Fernández de Oviedo también fue un elemento valioso como conocedor de la antigua cultura cueva.

Juan de Castellanos, el cura poeta de Tunja, pudo recoger relatos directos de testigos presenciales e incluyó entre ellos fuentes escritas ya conocidas, principalmente a Fernández de Oviedo, y actas oficiales. Aunque el tercer libro de sus *Elegías*, dedicado a las gobernaciones de Cartagena y Popayán, no fue concluido antes de 1589 Castellanos conoció personalmente numerosos antiguos combatientes, entre ellos Heredia. Ante todo requirió a las personalidades indicadas que habían participado en las campañas que le proporcionan apuntes; los escritos de un Gonzalo Fernández (acompañante de los Heredia), de un Juan de Alvarado Salazar (quien escribió sobre combates con los catío) y de un Fernández de Bustos desempeñaron un papel especial en sus escritos. También dispuso de textos de Sebastián de Benalcázar. Joaquín Acosta (1848) censuró una inexactitud cronológica de Castellanos; además existe la sospecha de que el cuidado por conservar el metro y la rima no podían favorecer la exactitud del relato. Sin embargo, Castellanos debe situarse entre las fuentes primarias, aunque a cierta distancia de los más antiguos relatos, porque utilizó los testimonios directos de testigos presenciales.

Solo a considerable distancia debe citarse una serie de otros escritores cuya actividad se desarrolló sobre el mismo escenario o que debieron su información, al menos en parte, a los veteranos de la Conquista pero cuyas obras acusaron una proximidad de vivencia sensiblemente menos; además, fueron menos fecundas desde el punto de vista arqueológico-etnográfico. Ese es el caso de Juan López de Velasco, cuya obra histórico geográfica nació entre 1571 y 1574, y de Jerónimo de Escobar, quien vivió en Popayán hacia la segunda mitad del siglo XVI como secretario del obispo y escribió, según dijo, unos 46 años después de entrar en escena Benalcázar. A pesar de la mayor proximidad cronológica a los sucesos sobre los cuales trataron también los escritos de Bartolomé de las Casas tienen un valor secundario: ni la *Brevísima relación*, que utilizó el relato de Palomino con

respecto al valle del Cauca, ni la *Apologética historia* suministraron dato alguno que no existiese ya en forma más exacta en las fuentes originales.

Las descripciones contenidas en estos testimonios originales han sido recogidas, con mayor o menor amplitud, en una copiosa literatura histórica de "segundo plano" en español, alemán, francés e inglés, sobre la que no puedo entrar aquí en detalles. Sin embargo, debo destacar a tres representantes de esta literatura histórica hispanoamericana, teniendo en cuenta la amplitud de su información y el extenso uso que de ellos ha hecho la bibliografía más reciente. Entre ellos quien ejerció mayor influencia en la historiografía hispánica y, acaso, más aún sobre la de otros países, fue Antonio de Herrera, quien fue encargado por Felipe II de la redacción de su extensa obra, motivo por el cual fueron puestos a su disposición los documentos enviados a Madrid desde América y conservados en la cámara real o bajo la custodia del secretario Pedro de Ledesma. Para el capítulo de la Conquista sobre el cual trata este libro reviste la mayor importancia que Herrera utilizara los escritos de Cieza con igual detenimiento que los Castellanos, cuyas indicaciones siguió, a veces en forma resumida o generalizada. En 1627 el padre franciscano Pedro Simón, quien conoció personalmente a varios de los conquistadores de Antioquia, comenzó en España la impresión de su obra histórica que, en las partes de interés para este trabajo, utilizó los datos suministrados por Cieza y las noticias facilitadas por Castellanos, cuyos ritmos resuenan aún en la prosa de Simón. Finalmente, existe la obra más concisa, aparecida medio siglo después, de Lucas Fernández de Piedrahita, quien en los años 1662-1669 se dedicaba en España a estudios de fuentes. Aunque para la determinación de las primitivas circunstancias reinantes las "fuentes" propiamente dichas son los relatos directos o indirectos de testigos oculares la utilización de la literatura histórica secundaria no está desprovista de algún valor y atractivo porque con base en ella pueden perseguirse y comprobarse en sus relaciones y repercusión, incluso en la bibliografía de los últimos tiempos, las mutilaciones y variaciones sufridas por una exposición originalmente exacta. Los relatos más antiguos plantearon el problema fundamental de cuál sería el grado en el cual, junto a la interpretación puramente descriptiva de las cosas en ellos contenidas, proporcionarían sugerencias de procesos históricos autóctonos, estratificaciones étnicas y movimientos de pueblos.

En la época del descubrimiento de América "las vanguardias más meridionales de los pueblos nahua se hallaban asentadas junto a la laguna de Chiriquí y los ejércitos de los quichúa habían hecho avanzar el límite de la cultura peruana desde el sur hasta Pasto" (Uhle 1889). Colombia, situada entre los dominios de las dos altas culturas, era el espacio vital de otro pueblo: el chibcha. Aquejado de una división política incurable el territorio de las tribus chibcha se extendía desde Nicaragua hasta el Ecuador; estas tribus poblaban, principalmente, la mayor parte de la actual Colombia andina, donde su lengua jugó un papel análogo al desempeñado por el quichua en la zona central de los Andes (Brinton 1891). La

palabra chibcha designa, en el sentido estricto de la palabra, la antigua población del alto valle de Bogotá, los muisca; así debería llamarse a quienes crearon allí una peculiar alta cultura, divididos política e idiomáticamente. Los muisca habían desalojado de este lugar a una población arauaca procedente del este pero sufrieron la presión de posteriores invasiones de tribus caribes. Los betoi del curso superior del Apure, de lengua afín a la de los muisca, penetraron en las llanuras bajas del este. También parece que existía una estrecha relación idiomática entre los muisca y otros grupos chibcha: los andaquí del valle superior del Magdalena, quizá los muzo y panche del curso medio del Magdalena (aunque su pertenencia a la familia chibcha es discutible) a los aruaco de la Sierra Nevada de Santa Marta, a los cuales pertenecen los kágaba e ijca. Bajo la denominación colectiva de paniquitá quedaban comprendidos los pantágoro del Magdalena y del Cauca; los paniquitá, entre el curso superior del Magdalena y el Cauca; y los paéces³ de la cordillera Central y sus vecinos septentrionales, los pijao. Los coconuco pueden haber sido parientes cercanos de este grupo en el aspecto idiomático; a ellos pertenecían los coconuco del nacimiento del Puracé y sus vecinos, los pubenezes, los polindara (en el nacimiento del Cauca) y los moguex y guambia en la vertiente occidental de la cordillera Central, al este de Popayán. También se admite una relación idiomática del grupo paniquitá-coconuco con otras tribus chibcha del norte, los guaimí y dorasque en Panamá, con quienes estaban relacionados los tairona de la época de la Conquista y sus probables descendientes, los chimila. Las llamadas tribus barbacoa de la región comprendida entre el río Patía y Esmeraldas también eran chibcha; a ellas pertenecían, probablemente, los antiguos cara y, acaso, también otras tribus de las tierras altas del Ecuador. Es sorprendente que dentro de la misma familia los barbacoa tuvieran más afinidad con los Talamanca, guatuso y rama de la América Central antes que con otro. También a los barbacoa se les relaciona más estrechamente con los antiguos y actuales pobladores del istmo que corre al oeste del golfo de Urabá: con las tribus cueva, cuyos actuales descendientes son los indios cuna. Según Lehmann (1920) en tiempos antiguos los cueva vivían al este del Atrato, hasta la Sierra de Abibe en el este y hasta el río Sucio en el sur (e.g., en las regiones del Nore y Dabeiba); de allí fueron parcialmente expulsados o suplantados por los chocó, que procedían del sur. Los chocó (tribu aislada con respecto al idioma) poblaron hasta el río San Juan, en el sur, principalmente la cuenca del Atrato y la costa del Pacífico, pero tal vez habían ya alcanzado el valle del Cauca atravesando la cordillera del Ocaso, donde se contaban entre ellos los caramanta (Brinton 1891). Aparte de los chocó en la región de los Andes colombianos existieron otros pueblos de lengua extraña. Hasta nuestros días han subsistido restos de la pre-población arauaca que fue con base en la estratificación étnica en el oriente de Colombia, al igual que en América Central (Krickeberg 1922). Algunas tribus caribes procedentes

3 Bürg (1938) consideró a los peces como “una subtribu de los andaquí”.

de Venezuela se abrieron paso, por la ruta de la costa septentrional colombiana, entre los diferentes grupos chibcha.

Está por demostrar la hipótesis de Rivet (1925) y de Jijón y Caamaño (1930) según la cual los chibcha inmigraron en tiempos remotos a Colombia desde el norte, atravesando el istmo; Jijón, además, consideró su cultura derivada de la chorotega. Por lo pronto he de contarlos entre los habitantes primitivos del espacio andino de Colombia. Lehmann (1920) interpretó su difusión en distintas direcciones: del bloque primitivo de los protochibcha se dirigieron hacia el occidente los cueva, guaimí y sus parientes; hacia el sur los habitantes del Cauca; hacia el norte los aruaco; y hacia el sur los muisca, de quien más tarde se separaron los barbacoa hacia el sur y los betoi hacia el nordeste. Todos estos movimientos tuvieron lugar sobre la base de una pre-población arauaca, parte de los pobladores primitivos del país, en su mayor parte absorbida y asimilada por los chibcha. La posterior irrupción caribe en el valle del Magdalena y más allá produjo un nuevo movimiento de los pueblos chibcha, causa de su ulterior difusión hacia Centroamérica (Krickeberg 1922); el nexo causal de esta difusión con la expansión caribe, efectuada en tiempos históricos, no debió suceder antes del Descubrimiento.

El problema particular de cuáles grupos idiomáticos perteneció la antigua población del valle del Cauca medio y superior no puede resolverse en su integridad debido a la casi completa decadencia de estas tribus, a su desaparición entre la población mestiza y a la gran carencia de pruebas idiomáticas. No es posible coordinar todas las tribus de Antioquía con los catío, nutabe y tahamí como propusieron Posada (1873), Uribe (1885) y Acosta de Samper (1894). Los grupos chibcha de los coconuco y paniquitá, en el sentido apuntado más arriba, jugaron un papel considerable en la estructura étnica del valle del Cauca. Es posible que una parte de las tribus meridionales perteneciera a los barbacoa y que los cueva todavía estuvieran asentados en Antioquía. También se ha pensado en una relación de las tribus del Cauca con los pobladores del valle del Sinú porque fue probable una inmigración de los quimbaya provenientes del norte. Trataré de explicar las relaciones idiomáticas de las tribus en tanto sea posible; por ello aquí me limito a la afirmación fundamental de que los pobladores del valle del Cauca y sus regiones limítrofes fueron chibcha en su mayor parte (en sentido lato) y que pertenecieron a diversos grupos, aunque haya sido probable una absorción de pueblos extraños con lenguas diferentes, quizá factor de la acusada variedad idiomática del valle del Cauca; esta absorción es sugerida por las diferencias antropológicas observadas entre determinados grupos. Sólo con la mayor reserva que exigen las marcadas diferencias de tipos regionales puede registrarse que los chibcha tuvieron influencia andina en su tipo centrálido (Eickstedt 1934). Sin embargo, como no siempre las diferencias somáticas reflejan razas radicalmente distintas sino también de variantes de un solo tipo racial es igualmente lícito no conceder excesivo valor a la división idiomática de la cual se quejaron los conquistadores; con razón destacó Restrepo

(1892) a este respecto que en muchos casos no se trató de diversidad idiomática fundamental, sino de una diferenciación de dialecto, en cuyo alcance intervenía la proporción de grupo que en un principio no hablaban chibcha.

La cuestión de la estratificación histórico-cultural debe distinguirse de la división étnica en época de la Conquista, aunque ambas estaban relacionadas. Wilhelm Schmidt (1913) intentó encontrar en Suramérica los “círculos culturales” establecidos por la teoría del mismo nombre para África y Oceanía en el supuesto de su difusión universal. Schmidt adujo para la mayor parte de la Colombia andina testimonio de la existencia de las llamadas “cultura totémica-patriarcal” y “cultura exogámica-matriarcal” (de las dos clases), cuya temprana mezcolanza había sido, en su opinión, superpuesta por una ola de influencia cultural de las altas culturas “austronésicas”. Frente a tan sencilla “aplicación” de una teoría histórica universal la americanística ha estudiado la estratificación histórica de los diferentes espacios con base en su posición particular. Restrepo (1903a), por ejemplo, intentó hacerlo para Colombia, aunque de manera insuficiente. Restrepo vio con demasiada simplicidad la multiplicidad de los movimientos de pueblos y corrientes culturales cuando explicó la estructura étnica del espacio andino septentrional como consecuencia de tres poblaciones: 1) una cultura trabajadora de la piedra, que se derivó de los maya-quiché y que dejó huellas, por ejemplo, en San Agustín; 2) una capa posterior de “tayros”, representantes de la técnica metálica colombiana, a los cuales pertenecían los chibcha; y 3) la más tardía invasión “caribe”; Restrepo dio a esta palabra un inadmisibles alcance étnico e idiomático cuando, por ejemplo, declaró de manera esquemática de origen caribe a todos los nombres de tribus y ligares que contienen las partículas *gua* o *car*. Un ejemplo práctico de esta teoría histórica son los Quimbaya, quienes siendo representantes de la cultura metálica de los acabaron con la cultura “lítica” de estilo centroamericano establecida con anterioridad en su propio territorio y que, a su vez, fueron acosados en época histórica por los carrapa, pueblo de origen caribe por contener en su denominación la partícula *car*.

Rivet (1925) hizo otro intento más acabado para concretar los movimientos étnicos y culturales en el noroeste de Suramérica, teniendo en cuenta las diferentes fases culturales de los territorios limítrofes, como la costa peruana; así se adentró en los principios de una cronología absoluta de la prehistoria colombiana. En su caso no fue desacertado el criterio de que en la formación de las culturas colombianas intervinieron corrientes interandinas de un elevado grado cultural, tales como irrupciones de pueblos de los territorios bajos del este cuya participación como elemento de la población de los países andinos no debe ser menospreciada. Rivet (1932) trató de diferenciar en estas migraciones procedentes del este, siempre que fuesen decisivas para la formación de las culturas colombianas, una antigua de otra más moderna: la primera introdujo en el territorio de los Andes el uso de la tiradera, la flauta de Pan, las cabezas-trofeos y, quizás, la cerbatana y se hallaba representada

en la zona costera peruana en los estratos proto-nazca, proto-lima, proto-chimú y protochancay. Después ocurrió la invasión caribe que irrumpió de la gran Guayana para llegar a los Andes, trayendo los fundamentos de la técnica colombiana del oro. Este supuesto origen caribe de la metalurgia colombiana no fue visto sin objeciones. Por ejemplo, Jijón y Caamaño (1930) y Krickeberg (1922) sostuvieron que la zona colombiana andina fue el foco originario de una técnica del metal propia. Las precipitadas migraciones en sentido esteoeste se cruzaron en Colombia, según Rivet (1932), con una corriente cultural norte-sur de origen centroamericano, cuyos principales representantes fueron los chibcha quienes, una vez llegados a Colombia, hicieron suya la técnica caribe de la tumbaga que perfeccionaron y llevaron por toda Colombia y el Ecuador hasta la costa peruana. Este movimiento norte-sur, que cronológicamente se desarrolló entre el primer florecimiento de las culturas peruanas de la costa y la expansión del estilo Tiahuanaco, fue relacionado por Rivet (1925) con la cultura "arcaica" labradora de Méjico. Basándose en las ideas de Rivet, Jijón y Caamaño (1932) dividió en diversas olas los innegables movimientos culturales norte-sur de la zona andina. Prescindiendo de un estrato antiguo al estilo de la cultura de pescadores de Tierra de Fuego distinguió entre un movimiento de estilo "arcaico" (de modo parecido a Rivet) e irradiaciones más recientes de las altas culturas centroamericanas; respecto de estas últimas distinguió entre olas chorotegas e irradiaciones de la cultura maya de tiempo del "antiguo imperio". Esta concepción de Jijón y Caamaño (1930) sobre los chibcha colombianos fue demasiado influida por las características peculiares del Estado reinante en el Ecuador.

Los pueblos colombianos no produjeron una historiografía propia al estilo de las crónicas mejicanas, aunque Castellanos (1852: 506) habló de un material histórico en forma de jeroglíficos en los tejidos de los catío, seguramente dibujos parecidos a los del pueblo emparentado de los cuna. Los intentos de un examen histórico retrospectivo del desarrollo cultural colombiano han de basarse, por tanto, en el análisis de los hechos que reflejan la situación en la época de la Conquista española y en los hallazgos de las excavaciones que solo en los últimos tiempos se han practicado metódicamente. Krickeberg (1922) ordenó los hechos arqueológicos, incluyendo en ellos a los chibcha centroamericanos, en siete provincias: 1) la cultura de la tierra alta de Costa Rica; 2) los hallazgos de Chiriquí; 3) las excavaciones de Coclé en el Panamá central que ofrecen ciertos puntos de contacto con los hallazgos de las tumbas del 4) valle del Cauca; 5) los hallazgos de la región de Santa Marta; 6) los datos arqueológicos de la meseta de Bogotá; y 7) los restos monolíticos de la cultura de San Agustín. Prescindiendo de esta última (la única megalítica y que puede ser considerada como prehistórica con relación a la época del Descubrimiento), que tuvo una difusión mucho mayor de lo que se pudiera suponer con base en los primeros hallazgos y que presenta cierta relación estilística con los fundamentos de la primitiva cultura maya y con el tipo de estilístico de Chavín, no hay inconveniente alguno en atribuir los demás hallazgos arqueológicos a otros pueblos que no sean aquellos que encontraron y

describieron los españoles en esos lugares. Un paralelo entre lo que se desprende de las excavaciones y lo que mencionan las crónicas españolas autoriza relacionar diversos tipos arqueológicos con los pueblos conocidos históricamente; así que –siguiendo a Krickeberg (1922)– se puede establecer la siguiente relación:

Cultura de la zona alta de Costa Rica	talamanca
Chiriquí	
Coclé	guaimí o cueva
Cauca	quimbaya, etc.
Santa Marta	tairona
Bogotá	muisca
San Agustín	paeces (?)

La diversidad de formas de vida en el espacio chibcha puede ser debida a una asimilación de pueblos extraños, aparte de las influencias de los pueblos extraños, aparte de las influencias de los pueblos vecinos, del medio ambiente y de una diferenciación basada en una variabilidad inmanente. Esta clase de intervención de una estirpe extraña también ocurrió en el valle del Cauca y contribuyó a aquel extraño desnivel cultural entre grupos vecinos y a aquella ambivalencia interna del tipo común, cuyo estudio forma parte de la labor investigadora que llevo a cabo.

No solamente en los estilos de sus diversos elementos culturales se diferenciaban las manifestaciones vitales de los pueblos colombianos; su nivel cultural también era variado. Los territorios bajos del este que forman actualmente parte del Estado eran la sede de una civilización tropical de plantadores que constituyó una unidad orgánica con los territorios limítrofes del valle del Amazonas y del Orinoco. Las zonas costeras del Atlántico y del Pacífico también se hallaban ocupadas por pueblos que por su cultura deben ser catalogados entre las tribus características de la selva tropical, como los chocó. Contrariamente a las civilizaciones más adelantadas estos pueblos más primitivos (siguiendo el *leitmotiv* de la manifestación de cualquier costumbre bárbara, como el conocimiento del veneno de las flechas, el canibalismo o la caza de cabezas) fueron denominados por los descubridores y por algunos de los que les sucedieron como *caribes*, término del cual se ha abusado bastante en la literatura de los siglos pasados y cuya aparición no debe inducir a catalogar a una determinada tribu dentro de la familia lingüística de los caribes, ya que esta denominación solo indica la existencia de un nivel cultural que, en rasgos generales, corresponde al de las zonas bajas tropicales.

En contraposición a estos territorios bajos las cordilleras de los Andes y las depresiones del valle del Magdalena y del Cauca eran sede de una alta cultura primitiva, aunque no de manera exclusiva, que tuvo como punto de partida una economía agrícola

para su alimentación, como otras culturas de América ya desarrolladas. Junto a la plantación de numerosos árboles frutales la alimentación se basaba en el cultivo del maíz y de tubérculos (yuca y batata); además, usaban una cerveza de maíz y un vino de palma, coca y tabaco. Esta alta cultura erigida sobre la base de la agricultura se caracterizaba, por típicas manifestaciones sociales (como capas sociales con una aristocracia y esclavos y formación de Estados con tendencia a formar dinastías) y por el desarrollo de diferentes artes; entre ellas la cerámica quedó relegada a segundo término en cuanto a su variedad y ejecución, especialmente si se la compara con la asombrosa abundancia de formas y la elegancia decorativa del arte cerámico peruano. La verdadera superioridad de los chibcha se desplegó en materia de elaboración de metales: la técnica del oro y de su aleación con el cobre llegaron a alcanzar uno de sus puntos culminantes, irradiando desde los Andes colombianos hasta el Ecuador y la costa peruana. Contrariamente a las culturas de zona alta de Bolivia y del Perú, que se presentan como los verdaderos países del bronce y de la plata, los chibcha ignoraban el uso de estas dos materias. Los artífices de Colombia empleaban como materia prima el cobre y el oro, así como esa peculiar mezcla de ambos que se conoce por tumbaga (*tombak*). Entre sus conquistas y procedimientos técnicos deben ser mencionados la laminación del cobre con oro, el teñido de superficies, la soldadura, trabajos de repujado y, sobre todo, la fundición, especialmente con cera perdida. Comparándola con esta técnica tan desarrollada del metal y con otras altas culturas americanas la arquitectura ocupó un lugar secundario, a pesar de que en determinadas zonas (como en el antiguo país de los andaquí, de los paéces y de los tairona) se hayan encontrado restos de edificaciones pétreas. Estimo que estos restos, unidos a los testimonios monolíticos del estrato cultural de San Agustín, prueban el primitivo carácter "lítico" de estas altas culturas que, a pesar de desarrollar una artesanía del metal, sufrió, simultáneamente, un retroceso parcial hacia las construcciones de madera de los plantadores tropicales. En las tribus del hoso valle del Cauca parece particularmente evidente un retroceso de esta especie condicionado por el medio ambiente porque aunque las "piedras de sacrificio" y los sarcófagos pétreos acusan aún este carácter "lítico" en lo demás (palacios, fortificaciones, plataformas de sacrificios y enormes ídolos) se revela una singular variante de una alta cultura primitiva, de una técnica monumental de la madera.

En la valoración de las influencias extrañas que intervinieron en la formación de la cultura de los pueblos chibcha actúan concepciones de muy variada índole. Jijón y Caamaño (1930) siguieron a Rivet (1925) y partieron del supuesto de una infiltración norte-sur de las tribus chibcha para postular en los chorotega la raíz de su peculiaridad cultural. Otros investigadores atribuyeron una importancia decisiva en la formación de la imagen cultural conocida a la influencia de las tribus caribes en sentido lato; en Ernesto Restrepo (1903b) esta tendencia llegó al supuesto de que en el valle del Cauca dominó la "nación caribe". Con respecto a esas exageraciones basta tener en cuenta las grandes afinidades que existían entre los diferentes grupos chibcha y de las cuales, precisamente en el valle del Cauca y a pesar de todas las

influencias extrañas, se desprendió el carácter predominante del estilo de vida de los chibcha. Uhle (1890) indicó la existencia de ciertas relaciones entre el valle del Cauca y los muisca y de ciertos rasgos paralelos entre la zona de Antioquia y los chibcha centroamericanos, principalmente de Costa Rica. En tiempos modernos la atención se ha dirigido hacia los rasgos paralelos existentes entre el valle medio del Cauca y la cultura chibcha de Coclé (en Panamá central), sobre todo concordancias en la técnica y en el estilo de los trabajos en metal; sin embargo, a estas semejanzas se oponen diferencias características en cerámica y sepulturas (Krickeberg 1922). Además, entre el valle del Cauca (principalmente la zona antioqueña) y el territorio cueva del Darién (la zona comprendida entre el golfo de Urabá y el río Chagres) existían relaciones estrechas de tal alcance que permiten incluir a los cueva entre las culturas chibcha de Colombia occidental; estos, según las interdependencias lingüísticas descubiertas por Lehmann (1920) tienen su origen último, por lo menos en parte, en un parentesco étnico y un intercambio cultural que debieron pasar la Dabeiba e, indirectamente, por la región del Sinú.

Las condiciones culturales, incluso dentro de cada uno de los grandes grupos, no eran uniformes. La causa hay que buscarla en la variabilidad interna de las formas de vida de un pueblo, cuyo campo de actividades se halla en función de las fuerzas formativas externas que actúan sobre él. Entre estas fuerzas formativas, aparte de las condiciones geográficas radicalmente distintas de cada parte del territorio, las diversas influencias extrañas procedentes de varias direcciones desempeñaron un papel de la misma categoría que los procesos de estratificación histórica, cuya vinculación a determinados pueblos y grupos lingüísticos aún no ha sido resuelta. Friederici (1906; Lehmann 1920; Krickeberg 1922; Wassén 1936) señaló la existencia de dos estratos culturales esquematizados de acuerdo con los siguientes elementos básicos: un estrato antiguo caracterizado por el uso de tiraderas, vestimenta hecha con corteza de árboles y casas comunes para toda una estirpe; a este estrato se superpuso uno más moderno de elementos de población caribe caracterizado por el arco y las flechas, vestimenta de algodón, una casa para cada familia, canibalismo, caza de cráneos y sacrificios humanos. La cooperación de esas fuerzas históricas condujo a la formación de provincias culturales claramente diferenciadas entre sí, en las cuales se destacaron los siguientes centros: la vasta zona de Antioquia (el valle de Antioquia y los territorios vecinos de la cordillera Occidental y Central); la vertiente occidental de la cordillera Central en Caldas (donde se estrecha el valle entre el valle de Antioquia y el valle de Cauca); las culturas del valle propiamente dicho y, por último, la región de Popayán (Saville 1910; Jijón y Caamaño 1930). Sus fronteras no eran fijas y habrá de ser objeto de un estudio cultural investigar las peculiaridades típicas de cada una de estas comarcas y demostrar las acusadas afinidades que unieron a las tribus del valle del Cauca con las de los territorios circunvecinos para hacer de ellas una comunidad cultural, a pesar de las diferentes condiciones geográficas.

La estructura del sistema cultural del valle del Cauca con base en estratos históricos que reflejaron un diverso nivel cultural también se reconoce en el hecho de que, prescindiendo de la existencia de provincias culturales peculiares, existió un claro desnivel cultural incluso entre grupos vecinos, en los cuales las fuerzas creadoras primitivas y progresivas participaron en proporción desigual. Ello se manifestó en un perfeccionamiento de los diversos patrimonios culturales y técnicos, como la ejecución más fina de la cerámica de Manizales alabada por White (1883); una civilización más elevada en comparación con la de sus vecinos inmediatos (como los quimbaya); una antropofagia moderada y preciados trabajos metálicos que constituyen motivo de orgullo para el Museo Etnográfico de Berlín, al igual que la colección, obsequio del gobierno colombiano, que se conserva en el Museo de América de Madrid. Además del desnivel cultural entre tribu y tribu dentro de cada grupo existió una "ambivalencia" interna: actitudes de baja y alta cultura pugnarón entre sí, como Friederici expresó en la fórmula de que en el valle del Cauca, "como ocurre tan frecuentemente en la vida de los pueblos, la mayor barbarie, crueldad y falta de sentimientos van aparejadas a obras, habilidad técnica y disposición artística no despreciables". En esta disociación interna que afectó a todos los pueblos del valle del Cauca se reveló el origen de la evolución de alta cultura que partió de los impulsos de una estratificación, constituyendo un proceso que perteneció a la esencia de las altas culturas primitivas y fue el alma del "señorío bárbaro".

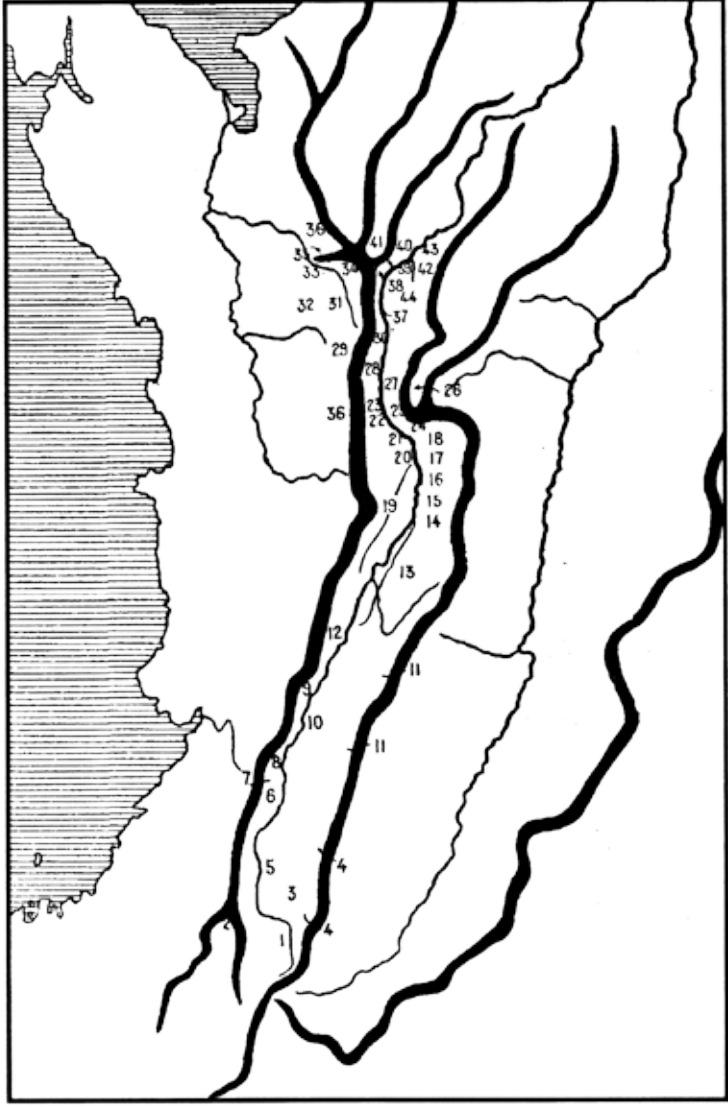
En los casos en los cuales la cultura india más o menos primitiva se ha conservado hasta los tiempos actuales pueden ser también útiles las modernas investigaciones etnográficas sobre el terreno. Los trabajos de Preuss (1926) ente los kágaba de la Sierra Nevada de Santa Marta pusieron en claro muchos puntos relativos a las características de los antiguos muisca de la meseta de Bogotá. Sin embargo, estas posibilidades se hallan limitadas. En el valle del Cauca la población indígena desapareció muy rápidamente: a los ataques devastadores contra el vigor étnico de las tribus sucedió la decadencia total o la absorción por la población mestiza. Mientras que en el resto de Colombia andina los chocó, los goajiros (arauaco) y los motilón (caribes) pudieron subsistir al lado de los grupos chibcha (arnaco, chimila, andaquí, cuna y de algunos barbacoa) los elementos indios del valle del Cauca y sus contornos se retiraron a ciertas zonas apartadas, como los catío y los descendientes de los antiguos guaca y nore, en Antioquia occidental; restos de los paéces y pijao, en la cordillera Central; y los coconuco, en los alrededores de Popayán.

Esta descomposición de la población india antes tan floreciente limita la labor del historiador cultural principalmente a las fuentes de la época de la Conquista y a la valoración de las excavaciones arqueológicas y dificulta el esclarecimiento de las zonas primitivas donde se asentaron los pueblos, necesaria para determinar los movimientos y estratificaciones históricas, las relaciones de paz y de guerra de las tribus y las rutas comerciales y los cambios de territorio. Sin embargo, los

relatos de los testigos oculares, junto con el desarrollo de los poblados españoles y la existencia de antiguos nombres de lugares permiten reconstruir la distribución territorial de los grupos indios, de cuyo modo de vivir tratarán los capítulos que figuran a continuación (mapa1).

Los datos etnográficos indican que en el alto Cauca, siguiendo el curso del río de sur a norte, se encuentran los coconuco; en tiempos pasados ocupaban el sector adyacente del Cauca y la región de Popayán pero actualmente habitan entre el Cauca superior y la cresta de la cordillera Central. Sobre ellos existen más datos lingüísticos que sobre la mayoría de las otras tribus gracias a que han subsistido hasta nuestros días. Sus vecinos estaban constituidos por numerosos grupos pequeños de los cuales sólo el nombre ha pervivido hasta hoy: los timbío, en donde nace el río del mismo nombre, y los guamza, malvasa, polindara, colaza, palacé y los guambia, al este del Cauca y al norte de la región coconuco. Estos grupos vivían bajo la amenaza constante de los belicosos habitantes de la cordillera Central, los paéces, temidos hasta muy avanzada la época de la colonización española.

Mapa 1



Mapa 1

1 Coconuco	16 Pozo	31 Nore
2 Timbío	17 Paucura	32 Tatabe
3 Guambía, etc.	18 Arma	33 Dabeiba
4 Paez	19 Anserma	34 Guaca
5 Aguales	20 Caramanta	35 Sierra de Abibe
6 Jamundí	21 Cártama	36 Caño
7 Timba	22 Cori	37 Buriticá
8 Lile	23 Iraca	38 Pequí
9 Gorriones	24 Canufana	39 Norisco
10 Buga	25 Pueblo-Llano, Murgia	40 Ituango
11 Pijao	26 Aburra	41 Guacuceco
12 Chanco	27 Torvura	42 Guarcama
13 Quimbaya	28 Curume	43 Nutave
14 Carrapa	29 Penco	44 Tahamí
15 Picara	30 Hevéjico	

En el valle propiamente dicho los habitantes de ambas márgenes hasta la desembocadura del Jamundí eran conocidos con el nombre de “aguales”. Los Jamundí o pamundi (Las Casas 1879) vivían en el curso superior del río del mismo nombre y debieron de ser vecinos de los timba, que habitaban la zona fronteriza del Chocó en la cordillera Occidental, al suroeste de los lile. En la zona de los lile o lili fue erigida Cali. En la historia del Descubrimiento se destacaron los poblados de Bitaco y Dagua situados en el punto más bajo de la cordillera Occidental. Al norte de los lile confinaban los gorriones, en el sector de Vijes y Riofrío, quienes vivían en las montañas y valles de la cordillera Occidental y sólo bajaban a la llanura del Cauca para explotar la riqueza pesquera. Acosta (1848) y Restrepo (1892a) consideraron a los lile como un subgrupo de los gorriones, mientras que Jijón y Caamaño (1930) defendieron el carácter independiente de cada uno de estos grupos. La ordenación étnica del valle oriental hasta el río La Vieja deja mucho que desear; por los relatos de la época del Descubrimiento sólo se destacaron los buga en los valles de la cordillera Central. Los aliados septentrionales de los paéces, los no menos indomables pijao o tijajos (Andagoya 1829), irrumpieron desde sus refugios monteses hasta el valle oriental. A continuación de los gorriones del valle central se encontraban en el sector norte los chanco; siguiendo por la orilla izquierda tierra adentro, en la zona de transición a la región del estrechamiento del valle (en el actual departamento de Caldas) estaba a la derecha el grupo étnico más conocido del occidente de Colombia, los quimbaya o cambaya (Andagoya 1829), cuyo territorio estaba limitado por el Cauca y los escalones superiores de la cordillera Central, por donde siempre fueron acosados por los pijao, y por los

ríos Chinchiná y La Paila (Restrepo 1892). La base española de Cartago (viejo), actual Pereira, fue erigida junto al río Otún en medio del país de los quimbaya. Una antigua ruta comercial que pasaba por el puerto del Quindío y por “Arvi” y que fue buscada por los conquistadores unía a los quimbaya con el valle del Magdalena y, probablemente, con la meseta de Bogotá; seguramente corría, poco más o menos, por el mismo itinerario que siguen actualmente el ferrocarril y la carretera desde Pereira a Girardot, pasando por Armenia e Ibagué.⁴

Una faja desértica de una extensión de dos días de marcha separaba a los quimbaya de sus enemigos septentrionales, los carrapa, que habitaban en la zona del actual Manizales y que a veces se hallaban enemistados o eran aliados de los picara de la región de Filadelfia para la lucha común defensiva contra los belicosos pozo (en la región actual de Salamina). Estas tribus se asentaron en un territorio de características parecidas a las del que ocupaban sus parientes culturales los paucura (Pácora) y los arma, situado en las estribaciones occidentales de la cordillera Central, es decir, angostos valles poblados de bosque; la pacificación de esta comarca opuso las mayores dificultades a los conquistadores. La zona montañosa opuesta entre la angostura del Cauca y el Risaralda era la región de Anserma, nombre debido a un error idiomático de los españoles y que, en realidad, debía ser Birú. La fundación de Santa Ana (actual Anserma) tuvo lugar en el valle de Umbra. En la historia del Descubrimiento se destacaron, Apía, en la vertiente oriental de la cordillera Occidental; Irra al este, en el lugar de tránsito hacia Carrapa, entre el río Chinchiná y el río Tupias, en la orilla izquierda del Cauca y no “en la margen derecha”, como opinó Restrepo (1892); las zonas fronterizas septentrionales de Quinchía, actual Nazaret, y que, según Acosta (1848), es idéntico a Guacuma o Guancumán, mencionado en las fuentes; y Supía. La zona montañosa comprendida entre el Cauca y el San Juan de Antioquia confinaba con las regiones de Caramanta y de Cartama, en la comarca del actual Támesis. En cambio, Cori⁵ e Iraca se hallaban situadas, probablemente, en el valle del Cauca, que vuelve a ensancharse a la altura de Jericó.

Volviendo de nuevo a la margen derecha del río primero estaba, partiendo de Arma, el país “Zenúfana” y semejantes, que los escritos antiguos y modernos comprendieron de manera distinta. La idea sobre este país en la época del Descubrimiento debió ser imprecisa. Mientras que, según Cieza (1853) “Cenufara” era el valle de la derecha de Antioquia Acosta (1848) opinó que se trataba de la actual región de Zaragoza y Remedios (en el Nechí). Contrariamente a

4 Regel (1899) localizó erróneamente esta ruta en el valle de Penderisco y Uribe (1885) lo hizo en el valle de Antioquia; en realidad se encuentra al otro lado de la cordillera Central, como se desprende claramente de Sardella (1864).

5 El “Ori” de Robledo (1865) y “Corid” de Fernández de Oviedo (1855). La identidad que estableció Jijón y Caamaño (1930) entre Ori y Nori debe ser desechada por razones topográficas y etnográficas.

“Finzenú” (la depresión del Sinú entre las dos estribaciones septentrionales de la cordillera Occidental) y a “Panzenú” (la región entre el Cauca y la divisoria de aguas entre Sinú y San Jorge) la designación Zenúfana ha servido para nombrar indistintamente una u otra región de las situadas en la margen derecha del Cauca. Saliendo del río Arma y siguiendo por la ruta de Robledo a través de “Pueblo de la Pascua”, “Pueblo Blanco” y “Cenufana” y llegando a Pueblo-Llano (el “Pueblo de las Peras” de los primeros conquistadores) se pisa tierra firme. Partiendo de este punto hacia el interior en un valle de la cordillera Central se hallaba Murgía (y semejantes), el “Pueblo de la Sal”, desde donde un “abra que la cordillera de las sierras nevadas hacía” (Sardella 1864; compárese el actual tendido del ferrocarril) condujo a Jerónimo Luis Téjelo a la región de Aburrá, en el valle superior del Porce, el antiguo “valle de San Bartolomé”. Robledo regresó al valle del Cauca por otra ruta, seguramente por el actual camino de Medellín a Heliconia, pasando por Torvura (Uribe 1885), en la parte donde ahora esta Heliconia.

Río abajo, enfrente del actual Ebéjico y precisamente en la región de Anzá, se hallaba Curume, región montañosa que desciende bruscamente hacia el Cauca; con ella conformaban al norte el valle del río Tonusco y la ciudad de Antioquia. Esta región llevaba antes el nombre de Hevéjico, que se ha trasplantado a la orilla derecha del río. Desde Curume, pasando por la cordillera Occidental, se llegaba a Penco. Más al norte los valles de “Hevéjico” conducían a la región de las fuentes del río Sucio, donde en el valle de Frontino se hallaba el antiguo Nore que lindaba por el oeste con el país chocó de Tatabe y al noroeste con Dabeiba. En sus afluentes septentrionales estaba situado el reino de Guaca, al cual pertenecía el valle de los Pitos –probablemente el río Páramo–; luego estaba la Sierra de Abibe (en el sentido de los conquistadores), cadena montañosa que se dirige desde el Paramillo en sentido oeste-este.

En la historia del Descubrimiento la tribu más destacada de Antioquia fue la de los catío, nombre de pueblo que, probablemente, servía de designación colectiva de grupos étnicos con denominaciones particulares. Los miembros de este pueblo vivían “en la hoya del Atrato, se extendían hasta la costa atlántica por la orilla oriental del golfo de Urabá y poseían gran parte de la serranía de Abibe” (Acosta de Samper 1894). Más al sur, en el Penderisco superior y no, como opinó Uribe (1885), cerca de Cañasgordas-Frontino, se hallaba el jefe catío Toné. En la vertiente oriental de la cordillera Occidental, al norte de Antioquia, se hallaba el centro minero precolombino de Buriticá, unido por antiguas rutas comerciales con Dabeiba, Urabá y el Sinú. Al norte confinaba, Peque, la patria de los antiguos pequí; desde allí se llegaba a la región de Norisco, que no era lo mismo que Nore (Jijón y Caamaño 1938), y a Ituango con el valle de Teco de donde, siguiendo en dirección al Sinú, se llegaba a Guacuceco. De algunas regiones vecinas situadas entre el Cauca y las fuentes del Sinú sólo se conocen los nombres: Cuisco, Araque, Tuingo, Carauta, Ceracuna, Nitaná, Pubío, Pebete y Maritúe. Otra

antigua ruta comercial conducía desde Ituango, salvando el puente de Bredunco (Brenuco o Aberunco) y Neguerí, a Guarcama, el valle de San Andrés situado en la orilla derecha. Sus habitantes pertenecían, al parecer, a los nutave, pero como adquirieron tanto relieve en los escritos antiguos trataré de ellos por separado. La zona vecina y río abajo hasta la región de Cáceres, en la margen derecha (a veces también con irrupciones en la margen izquierda), se hallaba poblada por los nutave y por sus vecinos tahamí, excelentes guerreros y comerciantes.

Con esto he determinado el aspecto espacial de la región que investigo en este libro: el territorio de la depresión interandina desde Popayán hasta Cáceres. Hay que añadir, además, las pendientes de las sierras que flanquean el valle del Cauca, las regiones limítrofes y las montañas de Antioquia situadas a ambos lados del río; en sus partes más distantes tenían íntima relación con las tribus que poblaban el valle y sus laderas próximas.

El plan originario para hacer objeto de una detenida investigación científica las culturas del valle del Cauca, tan poco estudiadas, se basó en la división de este trabajo entre tres colaboradores: mi discípulo español y amigo Ángel de Tuya, quien muy joven aún fue arrancado de su tan prometedora labor al morir en la guerra de Liberación y quien estaba dispuesto a hacerse cargo de la parte relativa a la técnica y al arte en las civilizaciones del Cauca. Mi discípulo alemán Georg Eckert se dedicó, especialmente, a la cultura espiritual, y en particular, a la vida religiosa de los indios del Cauca; los frutos de sus investigaciones, paralizadas por haber sido incorporado a filas en la pasada guerra, los dará a conocer en una obra aparte. De este modo, la materia que me correspondió fue la que comprende la vida social en su sentido más amplio. Aquí, por tanto, se hallará una exposición de lo que fue la vida en aquellos "señoríos bárbaros" en el territorio delimitado, con excepción de la esfera religiosa y de un estudio especial sobre la técnica y el arte.

Teniendo en cuenta el deficiente estado de los conocimientos etnográficos sobre el valle del Cauca he creído que mi primera labor debía ser un aporte de datos reales lo más completo posible e intachable desde el punto de vista de una crítica de sus fuentes, tratando luego de interpretar estos datos reales de acuerdo con concepciones etnológicas fundamentales. Como se desprende de los diversos aspectos de estas consideraciones preliminares esto implicó una serie de puntos de vista de variada índole. Partiendo de la diversidad en la configuración de cada territorio y de la heterogeneidad originaria de la personalidad étnica se plantea la cuestión de saber el grado de uniformidad y de variabilidad de sus formas de vida, ordenadas en provincias culturales dentro de una comunidad cultural. Otras cuestiones secundarias son la comprobación de la existencia de un desnivel cultural entre las regiones y de una "ambivalencia" cultural general, de un desequilibrio de diversos estilos de vida. Estas cuestiones son

un aporte al problema de la estratificación histórico-cultural y de ellas surgen los problemas de la dependencia, íntima o remota, de determinados grupos con otros representantes de la gran familia lingüística de los chibcha, como los cueva, o el ejemplo análogo que ofrece la evolución cultural de los muisca. No menor importancia revestía la finalidad perseguida por este estudio de contribuir con el ejemplo de las tribus del valle del Cauca a la historia de la formación de las altas culturas americanas y, principalmente, del Estado indio, que he estudiado en este libro con un ejemplo tardío desde el punto de vista cronológico, pero temprano considerado evolutivamente. No es erróneo suponer que las condiciones de vida que imperaban en la cultura señorial y bárbara del valle del Cauca también sirvan para imaginar cuáles fueron orígenes de las civilizaciones más desarrolladas de Méjico y Centroamérica y las del espacio andino central.

Los fenómenos sociales operados en los pueblos del valle del Cauca pueden ser ordenados de acuerdo a los aspectos de la vida familiar y de la vida en grupos. En los capítulos siguientes trataré de la familia que podría fundar cada individuo, de la parentela a la cual pertenecía por nacimiento y de la posición social de la mujer. Los datos y observaciones sobre la ordenación en grupos de los individuos del valle del Cauca se presentaban, al igual que en otros pueblos, en el libre juego de dos fuerzas diferentes: la pertenencia de individuos a grandes y pequeñas agrupaciones, aldeas y tribus que se sucedían unas a otras en el espacio como unidades de colonización (lo que podría denominarse un sistema de ordenación “horizontal”) y otra formación de grupos que se entrecruzaba con la anterior y ordenaba de modo valorativo a los nobles, los libres y los esclavos con arreglo a patrones sociales, es decir, en forma de estratificación “vertical” de la sociedad. La integración de estas dos formas de ordenación en el valle del Cauca dio origen a las formaciones “estatales”.

En estas consideraciones es necesario tener en cuenta el distinto grado de conocimientos sobre cada cuestión particular pues la atención de los primitivos cronistas se hallaba principalmente enfocada en cuestiones distintas de la observación científica: sus trances de guerra y determinados hechos, extraños para ellos, como el canibalismo. Por eso ambas cuestiones, debido al más perfecto conocimiento que existe sobre ellas, serán objeto de estudios especiales.

Existe una gran desigualdad en los materiales existentes para tratar cada cuestión. Nada se sabe acerca de las fiestas de la pubertad, que seguramente debieron existir en una u otra forma; los pocos datos sólo dejan entrever la verdadera importancia de la ordenación por estirpes. También faltan, por ejemplo, datos sobre la existencia de una ordenación social totémica, a pesar de la concepción unitaria de mundo animal y mundo humano señalada por Eckert (1940), y sobre castas basadas en la edad o sociedades secretas de varones. Por eso no es

posible afirmar nada sobre la existencia o falta de estos fenómenos en el valle del Cauca precolombino.

Referencias citadas

Acosta, Joaquín

- 1848 Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo decimosexto. París: Beau.

Acosta de Samper, Soledad

- 1893 "Los aborígenes que poblaban los territorios que hoy forman la República de Colombia en la época del descubrimiento de América". En: *Memorias presentadas en congresos internacionales que se reunieron en España durante las fiestas del IV centenario del descubrimiento de América en 1892*. Chartres: Impr. Durand.

Andagoya, Pascual de

- 1829 "Relación de los sucesos de Pedrarias Dávila en las provincias de Tierra firme ó Castilla del oro, y de lo ocurrido en el descubrimiento de la mar del sur y costas del Perú y Nicaragua". En: *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles de fines del siglo XV*, Tomo III, compilado por Martín Fernández de Navarrete. Madrid: Imprenta Real.

Brinton, Daniel

- 1891 *The American Race. A linguistic classification and ethnographic description of the native tribes of North and South America*. Nueva York: N. Hodges.

Bürg, Georg

- 1938 Beitrag zur ethnographie süd-kolumbiens auf grund eigener forschungen. *Ibero-Amerikanisches Archiv XI. Archiv*. 11 (3): 333-375.

Chapman, Frank

- 1917 The distribution of Bird-life in Colombia. *Bulletin of the American Museum of Natural History XXXVI*. Sin más datos.

Cieza, Pedro de

- 1853 *La crónica del Perú*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.

Eckert, Georg

- 1940 Die frühen hochkulturen im Caucatal. *Forschungen und Fortschritte*. Sin más datos.

Eickstedt, Egon von

- 1934 *Rassenkunde und Rassengeschichte der Menschheit*. Stuttgart: Enke.

Fernández de Oviedo, Gonzalo

- 1855 *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano* [ed. de J. Amador de los Ríos]. Madrid: Real Academia de la historia.

- Friederici, Georg
 1906 Skalpieren und ähnliche kriegsgebraüche in Amerika. Braunschweig: Vieweg.
- Jijón y Caamaño, Jacinto
 1930 Una gran marea cultural en el N.O. de Sudamérica. *Journal de la Société des Americanistes*. Paris: Au Siege de la Societe.
 1938 *Sebastián de Benalcázar*. Quito. Sebastián de Benalcázar. Quito: Ed. Ecuatoriana.
- Krickeberg, Walter
 1922 Amerika. En *Illustrierte völkerkunde*, Tomo I, editado por Georg Buschan. Stuttgart: Verlegt von Strecker und Schroder.
- Lehmann, Walter
 1920 *Zentral-Amerika*. Berlín: Reimer.
- Posada, Andrés
 1873 Essai ethnographique sur les aborigènes de l'État d'Antioquia, en Colombie. *Memoires de la Société d'Anthropologie de Paris* I. Paris: G. Masson.
- Preuss, Konrad Theodor
 1926 Forschungsreise zu den Kágaba. Beobachtungen, Textauf-nahmen und sprachliche studien bei einem indianerstamme in Kolumbien, Südamerika. Mödling, Viena: Mechitaristen-bücher.
- Regel, Fritz
 1899 *Kolumbien*. Bibliothek der Länderkunde, Berlín: A. Schall.
- Restrepo, Ernesto
 1892 *Estudios sobre los aborígenes de Colombia*. Bogotá. Sin más datos.
 1903a Construcciones indígenas. *Boletín de Historia y Antigüedades* I. Sin más datos.
 1903b Las invasiones caribes antes de la Conquista española. *Boletín de Historia y Antigüedades* I. Sin más datos.
- Rivet, Paul
 1925 "Les éléments constitutifs des civilisations du Nord-Ouest et de l'Ouest Sud Américains". Ponencia presentada en el XXI Congreso Internacional de Americanistas, Goteborg.
 1932 Préhistoire de la Colombie. *Journal de la Société des Americanistes* XXIV. Tomo 24 (1): 210-211.
- Robledo, Jorge
 1865 "Descripción de los pueblos de la provincia de Ancnua". En: Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América y Oceanía, tomo III. Madrid: Imprenta de M. Bernaldo de Quirós.
- Sardella, Juan Baptista
 1864 Relación del descubrimiento de las provincias de Antiochia por Jorge Robledo. En: Colección de documentos inéditos relativos al

descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América y Oceanía, tomo II. Madrid. Sin mas datos.

Saville, Marshall

1910 Contributions to South American Archeology. The antiquities of Manabi, Ecuador. Nueva York: Irving Press.

Schenck, Friedrich von

1880 Reisen in Antioquia. *Petermanns Mitteilungen* 26: 41-47. Sin mas datos.

Schmidt, Wilhelm

1913 Kulturkreise und kulturschichten in Südamerika. *Zeitschrift für Ethnologie*. 1014-1130. Berlín Sin más datos.

Troll, Carl

1930 Kolombien. *Handbuch der geographischen wissenschaft: Südamerika*. Wildpark, Potsdam: Akademische Verlagsgesellschaft Athenaion.

Uhle, Max

1889 "Ausgewählte stücke des K. museums für völkerkunde zur archäologie Amerikas". *Veröffentlichungen aus dem K. Museum für Völkerkunde* I. Berlin: Spemann.

1890 Kultur und industrie südamerikanischer völker. Berlín: Asher.

Uribe, Manuel

1885 Geografía general y compendio histórico del Estado de Antioquia en Colombia. Paris: Impr. de Victor Goupy y Jourdan.

Wassén, Henry

1936 An archaeological study in the Western Colombian cordillera. *Ethnologiska Studier* 2. Sin más datos.

White, Robert

1833 Notes on the Central Provinces of Colombia. *Proceedings of the Royal Geographical Society and Monthly Record of Geography*. 5 (5): 249.